

ESQUEMA GENERACIONAL
DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS
(ENSAYO DE UN METODO)

(Continuación)

LA GENERACION DE 1774

A las lecturas de la generación anterior, la presente las transforma en proyectos; a los proyectos de ésta, la siguiente los hará realidad. De ahí que esta generación, situada entre la que vislumbra un nuevo orden político y la que definitivamente lo impone, deba de llamársele la de los precursores de la Independencia.

No cabe duda de que esta generación surge, con un ritmo distinto, en la fecha que señala el esquema. Monelisa Pérez Marchand, después de haber examinado los papeles de la Inquisición en México, correspondientes al siglo XVIII, observa lo siguiente: "Desde el momento mismo en que se inicia el siglo se pueden registrar fallas en el funcionamiento del Santo Oficio... Pero es a partir de la séptima década cuando esto es cierto en una medida apenas sospechable en la primera etapa del siglo. Desde ese momento en adelante podemos hablar efectivamente del obvio desquiciamiento de la Inquisición"²⁹. De la Inquisición y de todo el sistema de ideas en que se sustentaba el régimen colonial. Justamente en 1774 Benito Díaz de Gamarra (1745-1783) introduce la filosofía moderna en México con su obra *Elementa recientioris philosophiae*. El hecho es muy significativo. Gamarra, al enseñar que la

²⁹ MONELISA L. PÉREZ-MARCHAND, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII*, en *México a través de los papeles de la Inquisición*, México, 1945, pág. 138.

única autoridad legítima es la razón, y que ésta se puede ejercer libremente, socavaba viejos principios autoritarios. Abría una brecha para que los patriotas pudiesen adquirir clara conciencia de sus derechos humanos. Por consiguiente, si la próxima generación logra pasar en lo político de la Colonia a la Independencia, es porque ésta previamente cruza, en lo filosófico, de lo tradicional a lo moderno. La revolución en el campo de las ideas se anticipa, como de costumbre, a la revolución en el campo de batalla.

Otros datos de diversa índole concurren en señalar el cambio de clima a partir de esa misma fecha. En lo económico, precisamente en 1774, se suprimen las restricciones, en España, al libre comercio internacional, y en América, al intercambio comercial entre la Nueva España, Guatemala, Nueva Granada y el Perú. En lo administrativo, en atención a la importancia económica que adquieren regiones antes casi olvidadas, en 1776 se establece el virreinato del Río de la Plata, en 1777 se crean las capitanías generales de Cuba y Venezuela, y en 1778 la de Chile. En lo cultural, al período de predominio de esta generación bien pudiera llamársele la era de los coliseos. La aparición de esos coliseos fue, otra vez, como una especie de oleada que en determinado momento histórico se extiende por todo nuestro ámbito cultural. Así, en 1776 se inaugura el de La Habana, en 1783 el de Buenos Aires, en 1784 el de Caracas, en 1793 el de Montevideo y el de Bogotá, en 1794 el de Guatemala, en 1796 el de La Paz y en 1802 el de Santiago de Chile. Y en todas partes la construcción de los coliseos provoca inflamadas polémicas en contra de ellos, declarando al teatro instrumento de perdición, se congrega lo más cerril de los elementos que se batían en retirada en este y en los demás campos del pensamiento; en defensa de ellos, por estimarlos de positivo beneficio para la sociedad, los gobernantes ilustrados y las clases más progresistas. En estos años se extienden también por todo el orbe hispánico las llamadas "sociedades económicas de amigos del país". La Real Sociedad Económica de Madrid se organiza en 1775; al año siguiente existen once; en 1789 hay cincuenta y seis; en 1802 ascienden ya a setenta y dos. Esas sociedades,

a tono con los tiempos, establecieron centros de enseñanza de ciencias aplicadas a la industria y a la agricultura, introdujeron ensayos de cultivo de tierras e instituyeron premios para escritos que versasen sobre dichas disciplinas. Y se crean, además, otras instituciones importantes; en México, en 1778 la Academia de Bellas Artes de San Carlos, en 1783 la Escuela de Minas, en 1788 el Jardín Botánico. Aumenta entonces la prensa periódica (el *Papel Periódico de la Habana*, el *Papel Periódico* de Bogotá, el *Mercurio Peruano*) y aparece el primer diario (el *Diario Erudito, Económico y Comercial* de Lima). Etapa, en verdad, de inquietud, renovación y conflicto.

En el horizonte histórico de esta generación acontecen dos sucesos políticos de capital importancia: la Revolución Francesa y la Revolución Norteamericana. La Revolución Norteamericana comienza en abril de 1775, en Lexington, y culmina en 1789 — el año central de esta generación — con la adopción de la constitución y la inauguración de Washington como primer presidente. También en 1789, con la caída de La Bastilla, irrumpen las contenidas fuerzas que fomentaban la Revolución Francesa. Los hitos cronológicos externos no pudieron, pues, haber sido más exactos. E igual los internos. Durante la etapa ascendente de esta generación, gobierna todavía Carlos III, quien sostenidamente mantiene el dinámico ritmo de crecimiento del imperio. A la muerte de Carlos, ocurrida en diciembre de 1788, asume el poder Carlos IV. Y con este rey entra de nuevo España en una etapa de desmoralización y derrumbe: en 1795 cede a Francia la parte española de Santo Domingo y a Inglaterra la isla de Trinidad y extensos territorios al norte de California. Y en tanto iba creciendo el fatídico Fernando VII (1784-1833). Ambos, padre e hijo, a su debido tiempo suministrarán en Bayona la chispa que ha de prender la Revolución Hispanoamericana. Con pasos precisos nuestros pueblos marchaban a encarar su destino.

Ante las dos grandes conmociones políticas de la época, los hombres de esta generación reaccionan de maneras variadas. La Revolución Francesa inmediatamente despierta entre

los patriotas sentimientos de emulación. El documento que sería el norte de aquella revolución (la Declaración de los Derechos del Hombre), lo traduce y clandestinamente lo imprime, hacia fines de 1793 o principios de 94, el santafereño Antonio Nariño (1765-1823). Las hojas pasan de mano en mano, extendiéndose el círculo de lectores como reguero de pólvora. Y los principios allí enunciados pasaron pronto a formar parte del ideario revolucionario hispanoamericano. El ejemplo de la Revolución Norteamericana tuvo también influencia entre los criollos. Esa influencia, empero, no fue ideológicamente tan profunda como la francesa. Además, necesario es confesarlo, produjo cierta inquietud en cuanto a las relaciones futuras de la nueva nación con el mundo hispánico. En 1783 el Conde de Aranda expresa su preocupación en estos términos: "Esta república federativa ha nacido, digámoslo así, pigmeo... Mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones... Engrandecida dicha potencia angloamericana, debemos creer que sus primeras miras se dirigirán a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno mexicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con el reino de México siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio..."³⁰. La preocupación de Aranda resultó profética. En 1801, antes de terminar la etapa de predominio de esta generación, Napoleón despoja a España de la Luisiana y se la vende a la nueva nación. Lo demás, paso a paso, lo irá diciendo la historia.

Sobre ese fondo general, como es de suponerse, los hombres del 74 anteponen al interés poético el interés político. Para ellos la palabra es ante todo instrumento de subversión y reforma: piqueta con que socavan los viejos sillares coloniales y preparan las bases ideológicas de las futuras repú-

³⁰ "Dictamen reservado que el Conde de Aranda dio al rey sobre la independencia de las colonias inglesas". reproducido por JOSÉ ANTONIO SACO en su *Historia de la esclavitud* ..., 2ª ed., tomo IV, La Habana, 1937, pág. 418.

blicas. Esto es patente en la prosa. Y lo es, de maneras más sutiles, también en el teatro y en la lírica.

En teatro la producción es ahora tan escasa que podemos reducirla a sólo un sainete y una comedia. Ambas piezas, significativamente, son de autor anónimo. El sainete, compuesto entre 1780 y 1795, se titula *El amor de la estanciera*. En él se pinta, muy a brocha gorda, un cuadro de la vida gauchesca. Ahora bien, pese a la rudeza del lenguaje y las sales gruesas de su gracia plebeya, quien lo escribe no es un gaucho rudo. Es alguien que sabe lo que son un romance y un soneto, alguien que mira al gaucho con ojos de letrado, como hizo Carrió al describir los gauderios, y como harán después, con mejor fortuna, Hernández en *Martín Fierro* y Güiraldes en *Don Segundo Sombra*. Por consiguiente, el deliberado tono primitivista no debe obscurecer la importancia histórica de la obrita: es con este sainete, y no un siglo después, bajo el toldo de una carpa, cuando aparece en el Río de la Plata un teatro con auténticas raíces locales. Además, burla burlando, se desliza en los versos la creciente animosidad del colono hacia los venidos de fuera:

Mujer, aquestos de España
son todos medio bellacos;
más vale un paisano nuestro
aunque tenga cuatro trapos.

En el tono agrio de tales reflexiones, así como en la búsqueda de lo propio y distinto, se transparenta una misma impaciencia. Esa impaciencia pronto desembocará en lucha armada.

La comedia es la debatida pieza *Ollantay*, escrita en quechua y representada, cerca del Cuzco, en 1780. Una larga polémica sobre si dicha comedia es o no prehispánica apasionó por casi un siglo a eruditos europeos y americanos. Hoy ya no tiene razón de ser. La evidencia — que he analizado en otra parte — demuestra que si el asunto se basa en una leyenda prehispánica, la factura de la pieza, y sobre todo la intención de la misma, corresponden a esta época. Comparadas leyenda y comedia, es palmario que el anónimo autor modifica la estructura de la tradición incaica para acomodarla

a las convenciones del teatro español. Y aún más, que altera el desenlace dándole un fin feliz y aprobando implícitamente la sublevación del protagonista contra el emperador. Todo lo cual se explica al tener en cuenta las circunstancias en que se representó. En 1780 el cacique José Gabriel Condorcanqui, exasperado por la explotación que sufría el pueblo indígena, y sin esperanza de hallar justicia en los tribunales de los explotadores, se había levantado en armas con el nombre de Túpac Amaru II. Y ante Túpac Amaru y su séquito se llevó a escena la obra. Rápida fue la represión de aquel temprano intento independentista. Hecho prisionero el jefe rebelde y su familia, el visitador Areche lo condenó a que presenciara la bárbara ejecución de su mujer y sus hijos, y luego a que, atadas las extremidades a la cola de cuatro caballos, fuera descuartizado. Y previendo que las ideas no se descuartizan atándolas a la cola de cuatro caballos, Areche prohibió también las representaciones en lengua indígena. Hasta los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso fueron a parar al fuego. Y en tales circunstancias, ¿quién iba a reclamar la paternidad de la comedia? No el cura de Tinta, Antonio Valdez, entre cuyos papeles halló el manuscrito un sobrino suyo en 1837.

Ahora bien, el mérito de esta obra no es precisamente su intención política. Es una bien lograda síntesis en que se aúnan la estructura, la versificación y algunas reminiscencias estilísticas españolas con la lengua, los personajes, el aroma legendario y la doliente melodía de canciones indígenas. Descubierta, además, en pleno fervor del romanticismo, su tema y su fondo despertaron inmediato interés. Pronto se hicieron distintas versiones al español y se tradujo a varias lenguas extranjeras. A ella han acudido desde entonces poetas y dramaturgos en busca de imperecederas esencias. *Ollantay*, por tanto, más que una mera pieza teatral, es un hito en la trayectoria de nuestras letras y nuestra cultura.

En poesía los signos son menos obvios. Recordemos, de entrada, que el rococó duró poco. Esta generación vive otro estilo: el neoclásico. El neoclasicismo fue un anhelo de retorno, en la vida y en el arte, a la antigüedad de Atenas y de Roma. De ellas se copian edificios, columnas, estatuas,

decoraciones, trajes, peinados. En lugar de la gracia, ligereza y frivolidad del rococó, ahora prevalece una actitud seria, se aceptan formas rígidas, se acatan los dictados de los preceptistas. Filosóficamente, el neoclasicismo se armoniza con el racionalismo. Y el racionalismo lleva a que en las letras se aparente un aire de serena impassibilidad, de frío formalismo contra los que habrán de reaccionar luego los románticos. Pues bien, dentro de ese estilo, porque los tiempos son polémicos, aumenta en volumen la sátira; porque es una época racionalista y moralizadora, aparece la fábula, y porque ha madurado definitivamente el sentimiento patrio, bajo la fría superficie de los versos descriptivos palpita la amorosa contemplación de lo propio de estas tierras.

En cuanto a la sátira, en el Virreinato de la Nueva España se cultivó tanto que ha dado asunto para todo un libro ³¹. Es, empero, en el Virreinato del Perú donde ésta adquiere su mayor extensión y corrosividad en la obra titulada *Lima por dentro y fuera*, de Esteban de Terralla y Landa (fl. 1797). No deja de ser curioso que haya sido la Lima virreinal la que produjera los tres satiristas más importantes de la Colonia: Rosas de Oquendo en el siglo xvi, Valle y Caviedes en el xvii y ahora Terralla y Landa en el xviii. E igualmente que los tres nacieran en España, los tres sufrieran amargos desengaños en la ciudad de los Reyes y los tres tuvieran una opinión tan mordaz de la vida en América. Tal vez la razón haya que buscarla en que Lima, fundada como capital administrativa de un extensísimo territorio, se convirtió en pulpo de insaciables tentáculos. Fue centro de la fauna de parásitos sociales que pululan en las sedes gubernamentales. Centro también de comerciantes que se enriquecían al amparo del monopolio; de mineros que hacían fortunas y las perdían a la carta de una baraja; de tahures, usureros, prostitutas, alcahuetas, gorriones y sicofantes. Ese es el mundillo que excita la biliosa pluma de Terralla y Landa.

³¹ JOSÉ MIRANDA y PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, *Sátira anónima del siglo XVIII*, México, 1953.

En cuanto a fábulas, en todo el orbe hispánico fue ésta por excelencia una generación de fabulistas. En la Península florecen entonces destacados cultivadores del género: Félix María Samaniego (1745-1801) y Tomás de Iriarte (1750-1791). En América el más notable es Rafael García Goyena (1766-1823). Nacido en Guayaquil, a los doce años pasó a Guatemala y en su madurez allí compuso numerosos apólogos. Se les ha juzgado como "correctos, pero insípidos". Claro, en una época predominante prosaica, no pudo escapar al prosaísmo circundante. Por otra parte, el titulado *El ciervo y la oveja, siendo juez el lobo*, termina con esta explicación de la oveja:

De que nada te debo, en mi conciencia,
voy tranquila y segura:
sólo hace ley la fuerza mientras dura.

Situado el último verso en el contexto político de la época, cobra de súbito su completo sentido. La intencionada moraleja dista entonces de ser insípida. Y comprueba que la poesía puede tener fuerza subversiva aún bajo el ropaje más simple y aparentemente inocuo.

Y en cuanto a composiciones descriptivas, aparecen odas a la naturaleza desde la Argentina, en el extremo sur, hasta Cuba, en el extremo opuesto. Y en ellas los poetas logran, pese a los rígidos medios expresivos del neoclasicismo, un íntimo acercamiento a la realidad americana. No de un modo constante. Esas odas abundan en alusiones y términos mitológicos, caen en frecuente afectación y prosaísmo, reprimen la emoción lírica y pintan paisajes que en su mayor parte resultan falsos y fríos. Sin embargo, en esa lucha entre la expresión y la visión poética a veces aparecen momentos felices. Así, Manuel José de Lavardén (1754-1810?) en su *Oda al Paraná* retóricamente lo apostrofa llamándole "augusto Paraná, sagrado río / primogénito ilustre del Oceano", pero luego lo ve deslizarse en luminoso carro "tirado de caimanes" y lo mira verter por entre el silvestre camalote, "suave verdor y pródiga abundancia".

El habanero Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846) en su *Oda a la piña* le inventa a la fruta antillana un mítico

origen griego: Vesta le da vida, Pomona la cubre de verde túnica, Ceres se la borda de estrellas de oro y la madre le ciñe por blasón una diadema de esmeraldas. Raptada por Ganimedes, en el Olimpo perfuma con su aroma el firmamento y con su jugo inflama de amor a los dioses. Y esa apoteosis termina con el ruego de Zequeira a Jove de que la ampare de su rayo para que la fruta sea “la pompa de mi patria”.

Y el santiaguero Manuel Justo de Rubalcava (1769-1805) va más allá: su silva no es sobre una, sino sobre todas *Las frutas de Cuba*. No se queda tampoco en la caótica enumeración de Silvestre de Balboa. Rubalcava las toma, las palpa, las contempla, aspira sus perfumes, las saborea en cada palabra. Y les halla entonces el epíteto exacto y la metáfora caracterizadora: el caimito, “cuyo tronco lozano / ofrece en cada hoja un busto a Jano”, el anón, “Argos de las frutas... de ojos lleno su cuerpo granuloso”, el coco, “cuyo tronco / ruidoso, con su verde cabellera, / hace al hombre la vida placentera”. Y en tono de asordinada pugna, de paso compara a las frutas de la isla con las de la Península — y les da el triunfo a las cubanas: “Más suave que la pera / en Cuba es la gratísima guayaba... El marañón fragante, / más grata que la guinda si madura...”. La *Silva* de Rubalcava es, pues, patriotismo transformado en frutal deleite. Y es también exquisito anticipo de la oda de Bello *A la agricultura de la Zona Tórrida*.

Al pasar a la prosa, el límite se desborda: a esta generación pertenecen el historiador puertorriqueño Iñigo Abbad y Lasierra (1745-1806), el bibliógrafo mexicano José Mariano Beristain de Souza (1756-1817), el periodista cubano vecindado en Bogotá, Manuel del Socorro Rodríguez (1754-1818), y otros publicistas notables que meditan y se preocupan por el destino de América, tales como el quiteño Francisco Eugenio Santa Cruz y Espejo (1747-1795), el peruano Juan Pablo Viscardo (1748-1798), el venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), los colombianos Antonio Nariño (1765-1823), Camilo Torres (1766-1816) y Francisco Antonio Zea (1766-

1822), el mexicano Servando Teresa Mier (1765-1827), los cubanos José Agustín Caballero (1762-1835) y Francisco Arango y Parreño (1765-1837). Y otros más. Su saber es vario, pero su intención es la misma: aclararnos nuestra visión de América. Colectivamente constituyen el primer grupo importante de los que luego llamaremos, a falta de nombre más específico, "pensadores".

Tratar de caracterizar a cada uno dentro de este rápido esquema sería no hacer honor a ninguno. Espejo, Viscardo y Miranda terminaron la vida al filo entre esta y la próxima generación, pero no sin antes haber dejado la impronta de su pensamiento en los hechos que habrían de ocurrir; Nariño, Torres, Zea y Mier llegaron a participar, con la pluma o con las armas, en las guerras separatistas. El vendaval político, de uno u otro modo, los sacudió a todos. Muchos tuvieron que llevar una vida andariega. Y no pocos murieron en la cárcel o en el destierro. Así, por ejemplo, Espejo. Sufrió exilio y encarcelamiento. Pero en su *Nuevo Luciano o Despertador de ingenios*, dio nuevo contenido al viejo modelo de los diálogos — tan importante en la cultura grecorromana y tan usado por los españoles del Renacimiento — para satirizar, demoler y transformar ideas y costumbres en su derredor. Y dejó honda huella en el pensamiento de sus compatriotas. Así, también, Viscardo. Muy joven aún cuando fue deportado en 1767 con los jesuitas del Perú, en Europa escribió luego la *Carta dirigida a los españoles americanos*. Esa carta, que constituye un potente alegato contra el gobierno colonial, se publicó en francés y en español, y llevó la chispa revolucionaria a distantes regiones de nuestro continente. Y así, finalmente, Miranda, el Precursor por antonomasia. Estuvo en las Antillas, viajó por los Estados Unidos, recorrió las cortes de Europa en busca de alianzas para la causa de la Independencia y condujo la primera expedición armada a su nativa Venezuela. Su esfuerzo, empero, terminó en derrota: estaba reservado a los hombres de la próxima generación llevar a cabo el magno empeño. Pero abrió el camino. Y nos dejó en su *Diario* una mina de observaciones amenas y sagaces. Sus comentarios, por ejemplo, durante su

viaje por los Estados Unidos en 1784, van de lo satírico y divertido a lo profundo y aleccionador. Al pasar por Massachusetts discute con Samuel Adams la constitución de aquel estado y apunta:

A dos objeciones que le propuse sobre la materia, manifestó venir conmigo después que masticó bien los puntos. La primera fue: ¿cómo en una democracia cuya base era la virtud, no se le señalaba puesto alguno a ésta, y por el contrario todas las dignidades y el poder se daba a la propiedad, que es justamente el veneno de una república semejante? El otro fue la contradicción que observaba entre admitir como uno de los derechos de la humanidad el tributar culto al Ente Supremo del modo y forma que le parezca, sin dar predominancia por ley a secta alguna, y que después se excluía de todo cargo legislativo o representativo al que no jurase ser de la religión cristiana! Graves solecismos, sin duda ³².

El párrafo es revelador en más de un sentido. Miranda sabía cercano el derrumbe del imperio español. Pensaba en la constitución que convendría al espíritu de nuestros pueblos. Y calaba, con sentido profético, en los "solecismos" de la nación nortea. El Precursor, por tanto, sintetiza admirablemente los anhelos y las preocupaciones, los éxitos y las caídas de esta generación de precursores.

Concluyendo ya, esta generación cierra los siglos de dependencia política que van desde el brillante amanecer en que Colón puso pie en las costas de Guanahaní hasta el inicio de las cruentas luchas que cortarían aquellos lazos. Esa larga etapa tradicionalmente se ha dividido en tres períodos: Conquista, Colonia e Independencia. A estas alturas debe ser evidente que tal división resulta inadecuada. El proceso — lento, continuo, complejo — no puede reducirse a sólo tres cuadros, pintados el primero con todos los matices de la violencia, el segundo con los soñolientos tonos del sesteo, y el último con los lívidos colores de la guerra. Más en consonancia con la realidad sería comparar el proceso a un antiguo manuscrito azteca, plegado a manera de biombo,

³² FRANCISCO MIRANDA, *The Diary [...] : Tour of the United States, 1783-1784 ...*, New York, 1928, pág. 118.

que al abrirse representa la historia como una corriente cuyos meandros pasan de hoja en hoja sin interrupciones ni rupturas. De ese manuscrito, hasta aquí hemos observado once hojas o caras, cada una distinta y a la vez parte integral del conjunto. Y quedan todavía más hojas por ver. El manuscrito continúa...

LA GENERACION DE 1804

“Generaciones van, generaciones vienen, pero la tierra siempre queda”, dice el Eclesiastés. La tierra, y también la compleja cultura que el hombre ha ido creando sobre la tierra. En realidad poquísimos es lo que cada generación modifica y mucho lo que recibe y trasmite. Todo lo cual nunca ha sido más cierto que en el caso de ésta de los libertadores.

Porque esta generación dista de haber llevado a cabo una neta ruptura con el pasado. La idea misma de la independencia venía desde muy atrás. Lo que sucedió fue que esa idea, minoritaria al principio, pudo ahora imponerse mayoritariamente. Y eso ocurrió en gran parte debido a sucesos ajenos a la América. Los acontecimientos que fortuitamente — y acaso antes de tiempo — prendieron la chispa de la rebelión, y en última instancia determinaron el resultado de la lucha, fueron la aparición en el escenario europeo de un Napoleón megalómano — coronado emperador de los franceses precisamente en 1804 — y los bandazos que sufrió España debido al increíble Fernando VII, cuya vida y reinado terminan, junto con el predominio de esta generación, en 1833.

No hubo tampoco una tajante separación entre españoles y criollos. Muchos criollos militaron entre los realistas, y no escasearon españoles en las filas de los patriotas. Ni hay base para pensar, como dan a entender ciertos historiadores racistas, que la guerra polarizó a los hombres por grupos étnicos. De ambos lados pelearon blancos, negros, indios, mulatos y mestizos. (Iturbide, por ejemplo, fue mestizo y realista; después se pasó al bando patriota y hasta se declaró emperador de México). Ni se tuvo siquiera idea precisa de

la organización política que se deseaba. Se vaciló entre formas monárquicas y republicanas, entre gobiernos federales y unitarios, entre propósitos populistas y tendencias aristocratizantes. Fue, pues, un período en que obscuramente chocaron muchos conceptos e intereses que venían del pasado. Y cuando al fin rindieron sus pendones las tropas del rey, con excepción de la separación política, lo demás siguió tal como estaba. Se había roto con el gobierno de la Colonia, pero no con la estructura colonial. La organización socioeconómica siguió siendo la misma de antes: sólo que empeorada por los estragos de la guerra.

En la confusión de la lucha, tampoco pudo predecirse de qué parte se pondría la fortuna. En la etapa inicial de esta generación, le fue contraria a las armas americanas. A fines de 1815 la situación era ésta: la sublevación de Hidalgo y Morelos había sido extirpada y ambos caudillos ejecutados; Bolívar, derrotado por los llaneros de Boves, había tenido que huir del continente y refugiarse en Jamaica; Chile estaba de nuevo en manos de las tropas realistas; el ejército argentino había sido derrotado en el Alto Perú. Los del bando europeo, envalentonados, celebraban ya en Lima la certidumbre de la victoria. Pero entre 1818 y 1819 — los años medianeros — la marea empieza a correr a favor de los patriotas. Al sur, San Martín cruza los Andes. En 1817 gana en Chacabuco y en 1818 pierde en Cancha Rayada. Pero logra a continuación un triunfo definitivo en Maipú. Y con esa batalla sella la independencia de Chile. Al norte, Bolívar regresa al continente en 1817 y es derrotado frente a Caracas por Morillo. Pero, en lugar de lanzar de nuevo sus tropas contra la capital venezolana, con gesto genial las conduce, río Orinoco arriba, hasta los Andes. En 1819 cae sobre las tropas españolas y gana la primera de sus decisivas batallas en Boyacá; de allí marcha a Bogotá y proclama la república de Colombia. En 1821 triunfa de nuevo en Carabobo; con esa batalla queda asegurada la independencia de Venezuela y constituida la Gran Colombia. Únicamente el Perú seguía siendo inexpugnable reducto realista. Pero hacia allá convergen argentinos y chilenos por el sur, venezolanos, colombia-

nos y ecuatorianos por el norte. En agosto de 1824 Bolívar triunfa en Junín y en diciembre Sucre en Ayacucho. La última de esas victorias libera al Perú y asegura la independencia suramericana. En tanto, en el Virreinato de la Nueva España se unen en 1821 las fuerzas de Iturbide, Guerrero y Victoria, y el 27 de septiembre entran triunfalmente las tropas libertadoras en la capital. En 1823, sin oposición ya, declaran su independencia las Provincias Unidas de Centro América. Los vínculos políticos con la metrópoli habían sido destruídos en todo el continente. Sólo las islas de Cuba y Puerto Rico quedaban todavía en manos de España.

Ganada la guerra, comenzó la fragmentación en países. Fue como si al cortar el nudo principal se desatasen los demás lazos. Cada región tiró por su lado. ¿Reacción contra el centralismo de los Borbones? ¿Falta de comunicación entre regiones apartadas? ¿Espíritu lugareño? ¿Ambiciones de caudillos secundarios que ahora sustituían a los grandes que habían dirigido la independencia? De todo hubo. Bolívar, decepcionado, en su lecho de muerte declaró que había "arado en el mar". Acaso exageró. Pero los pespuntos con que había tratado de unir los retales de su sueño anfictionico resultaron efimeros. La Gran Colombia se deshizo en Ecuador, Colombia y Venezuela. El Perú se separó de la unión bolivariana, y también Bolivia. Chile se encerró entre la montaña y el mar. Y al otro lado de los Andes el Virreinato de la Plata se desmoronó en un puñado de provincias en guerra unas con otras. En tanto, al norte del continente las Provincias Unidas de Centro América comenzaron las fratricidas luchas que pronto las llevarían a dividirse entre sí. Cuando cesó el proceso de fragmentación, Hispanoamérica estaba hecha pedazos.

Para completar el fondo histórico de esta generación señalemos sólo dos hechos más. En 1819 los Estados Unidos adquieren de España la Florida. Con esa adquisición completan el dominio de la costa norte del seno mexicano. Y quedan apuntando, con su dedo de tierra, hacia Cuba, Puerto Rico y más allá. Y en 1823 el presidente Monroe, en mensaje al congreso, esboza la doctrina que lleva su nombre. Esa

doctrina, enunciada unilateralmente, se prestará luego a unilaterales interpretaciones y contradicciones. Presagio, pues, de otros males.

Del fondo histórico — que por su importancia era indispensable dejar claramente esbozado — pasemos a lo que ocurrió en el campo de las letras. Y hemos de comenzar señalando que muchos de los hombres que con su gesta escribieron las páginas más luminosas de la Independencia, con su pluma redactaron los numerosos edictos, proclamas, cartas y otros documentos que han quedado como impercederos hitos de su pensamiento. En rigor no fueron escritores. Pero todos escribieron con hondura. Y nos legaron páginas impregnadas en la inconfundible esencia de lo que somos.

Al lado de ellos escriben otros prosistas, éstos verdaderos profesionales de las letras. El de mayor resonancia literaria fue el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827). Antes de Lizardi habíamos tenido novelas pastoriles, aventuras y biografías noveladas, relatos novelescos, pero no un novelista de cuerpo entero. Eso es Lizardi. Su aparición en estos momentos se explica debido a las circunstancias políticas. Durante los siglos anteriores menudearon las leyes que prohibían circular o se imprimiesen obras de ficción en América. Esas leyes se burlaron en cuanto a la circulación: bastaba con que los aduaneros se hicieran de la vista gorda para que los libros entrasen sin mayor dificultad. Pero la impresión de un libro era un proceso largo y demasiado evidente para poder burlarlo. Se ideó, por tanto, un método más sutil de contrabando: se hizo pasar por historia, biografía o relato de viaje lo que en muchos casos se había concebido como novela. Ahora bien, en 1812 las Cortes de Cádiz conceden la libertad de imprenta a las posesiones americanas. Y cuatro años después salen las primeras entregas de la novela de Lizardi titulada *El Periquillo Sarniento*. Pero el caso es aún más complejo. Lizardi, a partir de 1812, había fundado más de un periódico y había publicado numerosos folletos cargados unos y otros de audaces ideas reformistas. Rápidamente fueron creciendo sus dificultades con los encar-

gados de imponer la opinión oficial. Y en 1815 la censura acabó por cerrarle las puertas. En tal coyuntura, por una ironía de los tiempos, para contrabandear ideas acudió precisamente al género que antes había circulado sólo de contrabando: la novela.

Lizardi fue, pues, novelista por accidente. Y al escoger modelo siguió de cerca a los que en América le habían precedido. Recuérdese que el Alonso Ramírez biografiado por Sigüenza comienza como hambreado picaruelo. Sus aventuras le llevan hasta las Filipinas, de allí otra vez a la Nueva España, y en el proceso nos deja una velada crítica del imperio que se desmoronaba. Y el Concolorcorvo inventado por Carrió comienza por describirse a sí mismo como puro pícaro antes de dedicarse a retocar las memorias que en sus manos deja su propio creador. Y así, adaptación de la novela picaresca al medio y a la época de Lizardi son las aventuras que llevan a Periquillo a recorrer distintos estratos de la sociedad mexicana, a ir también a las Filipinas, y a regresar luego a su país natal para acabar honradamente su larga y azarosa carrera. Periquillo no es, por tanto, un verdadero pícaro. Es un pobre muchacho sin voluntad, producto de padres que no han sabido educarlo, de maestros que no han sabido enseñarlo, de malas compañías que han ido hundiéndolo. En esas aventuras, y en las digresiones que le suscitan, cuaja la intención reformadora de Lizardi. Adaptación, por tanto, y no mera imitación.

Escribió tres novelas más: *La Quijotita y su prima*, *Don Catrín de la Fachenda* y *Noches tristes y día alegre*. Artísticamente, la mejor de las cuatro es *Don Catrín de la Fachenda*. Catrín es otro joven a quien la inadecuada educación, el falso orgullo y la incompatibilidad de su prosapia con una ocupación honrada le llevan de caída en caída hasta dar en pordiosero y morir en un hospital de caridad. Patente resulta, de nuevo, la intención moralizadora y reformista del autor. Pero aquí la acción fluye sin largas interrupciones y los episodios están hábilmente encadenados. Por toda la novela corre una constante vena irónica que pone a contraluz los dichos y los hechos del protagonista. La

caracterización de éste resulta tan afortunada que lo vemos ir deshaciéndose moral y físicamente sin dejar de ser el mismo. El lenguaje, sabroso e intencionado, tiene algo de la claridad y gracia de Cervantes — a quien imita por lo menos en un episodio. Y en conjunto nos deja una novelita ágil y zumbona, de deleitosa lectura.

La eminente posición de Lizardi no oscurece la presencia de otros prosistas de innegable importancia en esta generación. Cuéntanse entre ellos, en México, Carlos María de Bustamante (1774-1848), escritor, editor y comentarista de incansable pluma; Lorenzo de Zavala (1778-1836), apasionado y sagaz observador de la vida política mexicana y de los países que visitó; Lucas Alamán (1792-1853), de autoridad muy discutida como historiador, pero dueño de una prosa sobria y vigorosa, y José Luis Mora (1794-1850), el más ponderado y acaso el más profundo de los cuatro. En Centro América sobresale José Cecilio del Valle (1780-1834), cuyo pensamiento tuvo por norte su propio apotegma: “El estudio adecuado a los hombres de América es América”. En Cuba se destacan Félix Varela (1787-1853) y José Antonio Saco (1797-1879), filósofo y maestro de juventudes el primero, autor de la insuperada *Historia de la esclavitud* el segundo, patriotas de amplia y elevada visión ambos. En Venezuela y Colombia sobresalen, tanto como estadistas como prosistas, Simón Bolívar (1783-1830) y Francisco de Paula Santander (1792-1842). Y al otro extremo del continente, los argentinos Mariano Moreno (1778-1811) y Bernardo de Monteagudo (c. 1787-1825) expresan sus ideas políticas en clara y cuidada prosa. Una generación, pues, de hombres de pensamiento que pusieron su pluma y su talento al servicio de las nacientes naciones.

Si importantes son los prosistas de esta generación, no lo son menos los poetas. Entre ellos se destacan tres grandes figuras, amén de algunas menores, igualmente merecedoras de estudio por las innovaciones con que enriquecen nuestro común acervo poético.

Aquellos logros e innovaciones deben mirarse a la luz del gusto que aún predomina durante esta generación: el

neoclásico. Ciertamente es que hay casos aislados en que se da una nota sentimental o aparece un ensimismamiento del yo que vagamente presagian la ya cercana irrupción del romanticismo. Y es cierto que ocasionalmente se hace una que otra traducción de algún poeta romántico inglés. Pero no obstante esos presagios y contactos, no es posible decir que verdaderamente se inicie, y menos aún que se imponga, la visión romántica que en el arte — y en la vida — llegará sólo con el arribo de la próxima generación.

Netamente neoclásico fue, por consiguiente, el cantor de las victoriosas armas americanas, el guayaquileño José Joaquín de Olmedo (1780-1847). Su fama descansa fundamentalmente en un solo poema: *La victoria de Junín, canto a Bolívar* (1825). Los críticos del siglo pasado coincidieron en situar a Olmedo, a base de este canto, entre los grandes poetas del mundo americano. Ensalzaron “el verbo pindárico”, “el estro varonil”, “las imágenes espléndidas”, “los metros resonantes”. Comprobaron el cuidado con que elaboró y pulió cada estrofa. Desmenuzaron los versos para señalar reminiscencias de clásicos poetas latinos (Horacio, Virgilio) y neoclásicos poetas españoles (Gallego, Quintana). Y comentaron, admitiendo distintos grados de verosimilitud, el recurso mediante el cual Olmedo hace aparecer a Huayna Cápac para que desde el campo de Junín vaticine el definitivo triunfo de Ayacucho. Todo, desde luego, de sumo interés. Pero nosotros, viviendo en otras circunstancias, vemos el poema con distinta pupila. Como el recurso de las apariciones lo emplean Gallego, Quintana, Ercilla y otros muchos más — y todos pecan de inverosímiles — para nosotros no es cuestión de mayor o menor credibilidad, sino de la intención orientadora y de la fuerza expresiva con que Olmedo le habla a sus compatriotas por boca del Inca. Olmedo sabe — siente — que esta generación de libertadores, al romper con España, busca sustancias espirituales en su otra raíz cultural. Y de ahí que Huayna Cápac se dirija a ella llamándola:

Generación del sol afortunada,
que con placer yo puedo llamar mía.

Sabe — siente — que la unidad demostrada por venezolanos, colombianos, ecuatorianos, peruanos, chilenos y rioplatenses es la que ha hecho posible una y otra victoria. Y desde lo más profundo de su ser, con voz vibrante de emoción les grita:

¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
y una familia, y todos son mis hijos!

Y vislumbrando en el horizonte negros nubarrones de discordia, con ronca voz les conmina:

Vuestra fuerza es la unión. Unión, oh pueblos,
para ser libres y jamás vencidos.

Ni Olmedo ni su vocero ignoraron tampoco que es imposible retornar a un pasado ya ido; que no es despojándonos de lo que somos, sino mirándonos honradamente en función de lo que hemos sido, como se ha de encarar el presente. Y en aquel momento, tan peligroso, de nuestra historia, el noble monarca indígena esto dice y advierte:

... no quisiera
que el cetro de los Incas renaciera:
que ya se vio algún Inca que, teniendo
el terrible poder todo en su mano,
comenzó padre y acabó en tirano.

El episodio de la aparición, por consiguiente, es el alma y corazón del canto.

Canto. El poema todo es una espléndida orquestación de sonidos. Los versos fluyen como frases musicales. Los variantes ritmos nos envuelven, nos arrastran, y nos dejan un estremecido deleite en el oído. Y todo eso, desde luego, sin disminuir el vigor del pensamiento patriótico. O impedir leves toques de poesía descriptiva, como cuando nos da unos Andes humanizados,

... cuya frente
a la región etérea se levanta,
que ven las tempestades a su planta
brillar, rugir, romperse, disiparse.

O cuando, en la misma línea de Rubalcava y Zequeira, evoca el bosque "de naranjos y opacos tamarindos" y los risueños campos donde en

trono piramidal y alta corona
la piña ostenta el cetro de Pomona.

Canto a Bolívar, pues, y canto a América.

De gustos igualmente neoclásicos y de visión igualmente avizora fue el caraqueño Andrés Bello (1781-1865). En una generación de héroes militares, Bello fue un gran héroe civil. Como Olmedo, cantó también el triunfo de las armas americanas. Pero hizo más: señaló rumbos a la poesía y a la cultura. Polígrafo de pensamiento vigoroso y sólido saber, escribió un tratado sobre la *Filosofía del entendimiento*, dejándonos una doctrina del método inductivo empapada en la filosofía de las ciencias experimentales, tan útiles a las necesidades de América; profundizó en la filología, y la aplicó a la defensa de la unidad y conservación de nuestro común idioma, dando a luz una *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, que es todavía modelo en su género; ahondó en la ciencia literaria, y nos dejó, a más de los *Principios de ortología y métrica*, una edición y comentario del *Poema del Cid*, que representó un enorme paso de avance en aquellos estudios; indagó y comparó leyes, y aplicó sus dotes de legislador a la redacción del *Código civil chileno*, rico en originales adaptaciones a nuestras circunstancias; hizo periodismo, y sus artículos fueron siempre sólidos, sensatos, orientadores; nombrado rector de la Universidad de Chile, encarriló los estudios superiores por sendas firmes. Además, escribió poesía. Como Olmedo, sus composiciones fueron escasas. Lo más representativo de su labor generacional quedó en sus dos *Silvas americanas*; la primera, titulada *Alocución a la poesía*, que apareció en 1823, y la segunda, *La agricultura de la zona tórrida*, que salió a luz en 1826.

En ambas tiene los ojos puestos en el destino de los pueblos americanos. La primera es un verdadero manifiesto

poético, una invitación a que la poesía, dejando a Europa, dirija el vuelo a donde le abre “el mundo de Colón su grande escena”. Y de ese mundo va señalando los temas — paisajes, hombres, hazañas — que los vates de América han de cantar en sus estremecidas liras. Con el ejemplo y con el mensaje pedía Bello que poética como políticamente se ganase también la Independencia.

Y en la segunda, volviendo sobre la misma nota, cumple su propio programa cantando a los productos de la zona tórrida: “la caña hermosa, / de do la miel acendra”, el añil “de tinta generosa”, el vino de “la herida agave”, el tabaco de suave humo, el cafeto de jazmines vestido, la piña que “sazona su ambrosía”, en fin, el maíz, “jefe altanero de la espigada tribu” y el banano que “al peso de su dulce carga” se desmaya. Y canta también los beneficios de la agricultura: “El campo es vuestra herencia, en él gozaos”. E insiste en que es llegado el momento de la hazaña civil:

Allí también deberes
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
heridas de la guerra.

Que con la paz impere la frugalidad y el honrado trabajo; que en perpetua libertad se frene la ambición y se respete la ley. Todo un programa orientador, constructor, civilizador. Con genio latino acude, para expresarlo, a la tradición de los grandes poetas latinos: Virgilio y Horacio. De ellos hay numerosas reminiscencias en ambos poemas. Con sentido de poeta americano incide en el tradicional deleite de nombrar, y, de saborear en cada sílaba, en cada imagen, las frutas de América. Con amorosa pupila contempla, como otros antes de él, el paisaje de nuestro continente. Y con esmero, con devoción, todo lo funde y elabora para llamar a su generación a que cumpla la inconclusa tarea civilizadora. Al choque de las desatadas ambiciones, muy pocos lo oyeron.

El benjamín de estos tres grandes poetas, y el de más alta fama como lírico, fue el cubano José María Heredia (1803 1839). Nacido al filo entre esta y la siguiente generación, nada tendría de particular que, dando un pequeño paso ade-

lante, se hubiese unido al gusto romántico que ha de imponer, con su llegada, la segunda. Mas no dio ese paso. Heredia no fue un escritor romántico. Este asunto lo ha machacado la crítica una y otra vez para llegar siempre a la misma conclusión: "El romanticismo, propiamente dicho, tiene poco que reclamar en los versos de Heredia", apuntaba Menéndez y Pelayo en el siglo pasado. Y Manuel Pedro González, en la más reciente de las pesquisas sobre el tema (1955), aunque la titula *José María Heredia, primogénito del romanticismo hispano*, a lo más que llega es a declarar a éste "una figura romántica y el primer poeta hispano que, si no se incorporó nunca del todo a la nueva sensibilidad, supo sentirla y expresarla antes que nadie en español". Es decir, que sus anticipos no pasan de tenues matices originados por su ardiente temperamento, su nostalgia de desterrado y su amor a la libertad, que sus vislumbres no fueron más allá de pasajeros contactos con la poesía inglesa durante su estancia en los Estados Unidos (1823-1825). Y nada más. La forma de sus versos fue siempre neoclásica. Las premisas de su crítica — observables en artículos y cartas — fueron neoclásicas hasta la intolerancia. (Buen ejemplo serían sus comentarios sobre Shakespeare, trazados sobre opiniones de Voltaire). Y las traducciones y adaptaciones que hizo para el teatro fueron exclusivamente neoclásicas. Por consiguiente, vista su obra en conjunto, en ella impera lo neoclásico tanto como en la que más.

Heredia, desde luego, incide en los dos temas generacionales por excelencia: la Independencia y el paisaje americanos. Ahora bien, como acertadamente ha señalado Henríquez Ureña, no fue el poeta de la "Independencia consumada", sino el de la "Independencia frustrada". Tuvo que exilarse de Cuba. Vivió y murió pensando en ella. Y esa circunstancia agregó un matiz muy personal a su poesía: la nostalgia. Tenue neblina de nostalgia empapa su visión de la tierra azteca, a la hora del crepúsculo, en su poema *En el Teocalli de Cholula*. Nostálgicas añoranzas le hacen evocar, en su oda *Al Niágara*, junto al pino agreste,

Las palmas ¡ay!, las palmas deliciosas
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de la brisa del Océano
bajo un cielo purísimo se mecen.

Y en viaje a México, el descubrir la línea lejana de su isla inasequible "al confín del sereno horizonte", le hace prorrumper en los desolados recuerdos de su *Himno del desterrado*.

No he de repetir los elogios constantes que la crítica ha tributado a las mencionadas composiciones. Pero sí deseo señalar en otro poema, para mí no inferior a los anteriores, una veta mítica de riquísimas sugerencias. En los *Versos escritos en una tempestad* visualiza al huracán con las mismas imágenes y los mismos rasgos concretos con que los antiguos taínos imaginaron y describieron al dios de los vientos. No creo que Heredia conociese tales mitos. Pienso que la misma circunstancia telúrica fue la que le produjo la misma visión estremecida. A los taínos ésta se les hizo religión; a Heredia, poesía. Maneras, en distintas épocas, de mirar mágicamente a una idéntica realidad.

Para redondear el esquema de esta generación destaquemos, junto a estos tres grandes poetas, tres poetas menores. José Antonio Miralla (1790-1825) nació en la Argentina, estudió en el Perú, ayudó a la causa de la libertad en Cuba y Colombia y murió en México cuando allí cumplía una misión patriótica. Su vida, por consiguiente, fue viril testimonio del credo generacional que Bolívar resumió en estas palabras: "Para nosotros, la patria es América". A Miralla, hombre simpático y de palabra fácil, sus admiradores le atribuyeron ciertas improvisaciones que, como he demostrado en otra parte, fueron en realidad oportunas recitaciones de poemas de otros autores. Poemas, empero, que Miralla jamás reclamó como suyos. Suya sí fue la notable traducción de la elegía *El cementerio de una aldea*, de Thomas Gray. En ella logró que cada verso inglés quedara justamente vertido en un correspondiente verso español. Verdadera ha-

zaña de concisión y fidelidad que demuestra el dominio que tuvo Miralla de ambas lenguas.

Menos diestro en el manejo del instrumento poético, pero más original en su aplicación, fue el peruano Mariano Melgar (1791-1815). Su descubrimiento consistió en expresar sentimientos amorosos a la manera de los cantores indígenas. Sus yaravíes tienen una ternura, una delicadeza y una melodía que, si no alcanzan niveles de gran poesía, dan una nota autóctona y señalan un rumbo nuevo en nuestras letras.

Por el rumbo de lo auténtico de América encauzó también su obra el uruguayo Bartolomé Hidalgo (1788-1822). Hidalgo representa en la poesía lo que el anónimo autor de *El amor de la estanciera* en el teatro: es quien, desde la ciudad, se acerca, remeda e interpreta al gaucho. Sus "cielitos" y "diálogos" son composiciones de tono popular en lenguaje fácil y espontáneo. Sus temas son los comentarios del paisaje a la escena política del momento. Así, casi como jugando, la independencia poética que Bello pedía en educadas odas la ganaba Hidalgo con sus versos humildes. Porque, por la veredita abierta por estos gauchos, seguirán luego, guitarra en mano y alta la voz, Santos Vega y Martín Fierro.

En contraste con la calidad lograda en la prosa y en la poesía, el teatro que nos dejó esta generación resulta de mérito inferior. Pero tampoco escaseó. Al igual que la poesía, fue cultivado en dos niveles de expresión. Uno, de mucho alarde, de inspiración libresca, que desemboca en la tragedia neoclásica a la manera de Alfieri y de Voltaire. Y otro, de intención modesta, basado en la observación directa de nuestra sociedad, que desemboca en sainetes y comedias costumbristas a la manera de Ramón de la Cruz y de Moratín. A veces un mismo autor cultivó ambas formas. Heredia, por ejemplo. Desaprovechando su vigorosa imaginación creadora, se dedicó simplemente a traducir y adaptar tragedias de Jolyot de Crébillon, Jouy, Ducis, Voltaire, Chénier y Alfieri. Pero, por otra parte, nos dejó un sainete en verso, titulado *El campesino espantado*, en que describe los jocosos aprietos que pasa el protagonista en un viaje a La Habana, y completa el cuadro con un calesero, un negro bozal y otros per-

sonajes, mirados todos con risueño talante. En la línea de la tragedia neoclásica escribió también el argentino Juan Cruz Varela (1794-1839). Los títulos de sus dos obras, *Dido* y *Argia*, evidencian por sí solos el estilo y contenido de ambas. Y por la misma senda, aunque elaborando ya asuntos de fondo americano, el neogranadino José Fernández Madrid (1789-1830) compuso las tragedias *Atala* y *Guatimoc*. Otro colombiano, Luis Vargas Tejada (1802-1829), cultivó la tragedia con *Doraminta* y la pieza costumbrista con *Las convulsiones*. En la veta exclusivamente popular, quien más aplausos ganó fue el cubano Francisco de Covarrubias (1775-1850). Este, por más de medio siglo, deleitó al público habanero como autor y actor a la vez. Y por esos mismos años el hondureño José Trinidad Reyes (1797-1855) se dedicó a componer tradicionales pastorelas.

En tanto, Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1857) se cubría de laureles en Madrid como excelente comediógrafo. Aunque nacido en México, a los cinco años fue llevado a la Península, y allí vivió y escribió hasta que, desterrado por Fernando VII, rompió sus vínculos con España y se dedicó al servicio de su tierra natal. Sus mejores comedias — *Indulgencia para todos*, *Contigo pan y cebolla*, *Don Dieguito* — pertenecen, por consiguiente, a la historia del teatro peninsular. Las menciono aquí porque sirven para puntualizar, una vez más, que a ambos lados del Atlántico han imperado, en cada generación, idénticas ideas estéticas. También para simbolizar que si bien esta generación destruyó para siempre los lazos de dependencia política, España e Hispanoamérica siguieron y siguen siendo partes indisolubles de un solo mundo cultural.

(Continuará).

JOSÉ JUAN ARROM.

Yale University.